



[ENGLISH BELOW](#)

DOCUMENTO INFORMATIVO PARA PRENSA

Desde Yucatán hasta las Guyanas:

La biodiversidad esculpe la identidad en el Gran Caribe

A diferencia de otras regiones en el mundo, la biodiversidad del Caribe depende de una conectividad extrema. No hay que ver al Caribe como un archipiélago de islas separadas, sino como un organismo vivo interconectado donde lo que sucede en los manglares de Belice o en las costas de Colombia afecta directamente a los arrecifes de las Bahamas o Cuba.

Esto se debe a las corrientes marinas, las cuales funcionan como autopistas. Aquí, el agua transporta información genética y nutrientes para los ecosistemas. Muchas especies de corales, esponjas y peces lanzan sus larvas al océano y estas viajan cientos de kilómetros en la corriente hasta llegar a un arrecife o manglar donde crecerán.

Asimismo, el Caribe recibe un aporte masivo de nutrientes de grandes ríos continentales como el Magdalena (Colombia) o incluso el Orinoco y el Amazonas (vía corrientes superficiales). Estos nutrientes alimentan el fitoplancton, que es la base de la cadena alimenticia de toda la cuenca.

Además, las islas y las costas continentales de México, Centroamérica, Colombia, Venezuela, Surinam y Guayana funcionan como tableros de un puente que es crítico para especies de aves migratorias que viajan cada año del norte al sur del continente y viceversa, convirtiendo a la región en un santuario de biodiversidad global.

Para una pequeña ave que vuela desde Canadá hacia Sudamérica, las islas del Caribe y la costa continental (como la Península de Yucatán o el Caribe costarricense) son estaciones de servicio. Sin los insectos de los manglares o las frutas de las selvas caribeñas, estas aves no tendrían la energía para cruzar el océano o las montañas.

El beneficio es recíproco. La llegada de las aves suele coincidir con los ciclos de fructificación de plantas locales. Las aves obtienen alimento y, a cambio, actúan como dispersoras de semillas a larga distancia, manteniendo la diversidad genética de la flora entre el continente y las islas.

Si un ecosistema en el Caribe continental se degrada, las poblaciones de aves en América del Norte caen. Esto demuestra que la biodiversidad caribeña, podría decirse, es un bien público global, ya que la estabilidad ecológica del continente entero depende de la integridad de este puente.

Aún estando tan conectado, el Caribe insular es altamente endémico, es decir, aquí hay especies que no existen en ningún otro lugar del planeta. El Caribe insular representa solo el 0,4% de la superficie

terrestre de la Tierra, pero alberga más del 2% de todas las plantas y vertebrados endémicos del mundo. El porcentaje de endemismo en anfibios, por ejemplo, alcanza el 95-100%, mientras que en reptiles es de 82-95% y en plantas de 72%.

El Caribe continental, por el contrario, es una franja de contrastes donde la biodiversidad no se define por el aislamiento, sino por el encuentro dinámico de ecosistemas críticos. A diferencia de la estabilidad de otras regiones, aquí la vida se agita en el ecotono o zona de choque entre las grandes selvas tropicales, los complejos sistemas de manglares y las imponentes cadenas montañosas —como la Sierra Nevada de Santa Marta o la Cordillera de Talamanca en Costa Rica— que descienden abruptamente hasta tocar el mar. Esta cercanía geográfica permite que los nutrientes y sedimentos viajen verticalmente desde los picos altos hacia los arrecifes, creando un gradiente de microclimas que funciona como un refugio de altísima densidad biológica y un puente genético vital entre el Norte y el Sur del continente.

Esa diversidad biológica también se ha incrustado en el ADN de lo que implica ser caribeño, yace en el tejido mismo de la identidad. Aquí, la línea entre la naturaleza y la cultura es casi invisible. La dependencia histórica de la pesca, por ejemplo, ha creado una identidad culinaria basada en el pargo, la langosta y el caracol. El uso de la leche de coco y el chile habanero o panameño no son solo ingredientes, son marcas de resistencia y adaptación.

Muchos ritmos caribeños imitan el pulso del entorno. El sonido de las olas, el viento en las palmeras y el canto de las aves están presentes en la percusión y en la cadencia del habla. El sincretismo de su paisaje también puede escucharse en su música. La cumbia, cuyo origen comparten Colombia y Panamá, es el ejemplo perfecto de mezcla cultural con su flauta (indígena), el tambor (africano) y el idioma de sus letras (hispano). La Punta, ritmo de la cultura Garífuna de Honduras, Guatemala y Belice, es una de las expresiones más puras de la conexión entre el Caribe insular y el continental, usando caracoles marinos y tambores de madera.

En el Caribe, la música sirve de vehículo a las crónicas de la vida diaria, el clima y la política. El ritmo es sinónimo de resistencia y libertad. El calipso y soca es más que la banda sonora del carnaval. El calipso, originalmente, era un medio para difundir noticias y sátira política entre los esclavizados.

La biodiversidad también puebla los mitos: desde las historias de Anansi (la araña astuta de origen africano que se adaptó al Caribe) hasta las leyendas sobre criaturas del mar y la selva que castigan a quienes no respetan los ciclos naturales. La naturaleza aquí tiene voz y carácter moral.

La explosión de colores en la vestimenta y el arte plástico caribeño es un reflejo directo de la intensidad lumínica y la paleta de colores de los arrecifes y la flora tropical (como la flor de Jamaica o las heliconias). La biodiversidad también está presente en la medicina tradicional. El conocimiento botánico de las abuelas caribeñas es una ciencia en sí misma. El uso de plantas para "limpias", tés medicinales y rituales muestra que la biodiversidad es vista como una entidad sanadora.



From Yucatán to the Guianas:

Biodiversity shapes the identity in the Wider Caribbean

Unlike other regions of the world, the Caribbean's biodiversity depends on a high degree of connectivity. The Caribbean should not be viewed as an archipelago of separate islands, but rather as an interconnected living organism where what happens in the mangroves of Belize or along the coasts of Colombia directly affects the reefs of the Bahamas or Cuba.

This is due to ocean currents, which act like highways. Here, the water carries genetic material and nutrients to ecosystems. Many species of corals, sponges, and fish release their larvae into the ocean, and these travel hundreds of kilometers with the current until they reach a reef or mangrove where they will grow.

In addition, the Caribbean receives a massive influx of nutrients from major continental rivers such as the Magdalena (Colombia) and even the Orinoco and the Amazon (via surface currents). These nutrients feed phytoplankton, which forms the basis of the food chain throughout the entire basin.

Furthermore, the islands and mainland coasts of Mexico, Central America, Colombia, Venezuela, Suriname, and Guiana serve as stepping stones along a critical migration route for migratory bird species that travel annually from the north to the south of the continent and back, making the region a global biodiversity hotspot.

For a small bird flying from Canada to South America, the Caribbean islands and the mainland coast (such as the Yucatán Peninsula or the Costa Rican Caribbean) serve as refueling stops. Without the insects found in the mangroves or the fruits of the Caribbean rainforests, these birds would not have the energy to cross the ocean or the mountains.

The benefit is mutual. The arrival of the birds usually coincides with the fruiting cycles of local plants. The birds obtain food, and in return, they act as long-distance seed dispersers, maintaining the genetic diversity of the flora between the mainland and the islands.

If an ecosystem in the continental Caribbean is degraded, bird populations in North America decline. This demonstrates that Caribbean biodiversity is, so to speak, a global public good, since the ecological stability of the entire continent depends on the integrity of this ecological bridge.

Even though it is so interconnected, the insular Caribbean is highly endemic; in other words, there are species here that exist nowhere else on the planet. The insular Caribbean accounts for only 0.4% of the Earth's land surface, but it is home to more than 2% of all the world's endemic plants and vertebrates.

The percentage of endemism among amphibians, for example, reaches 95–100%, while among reptiles it is 82–95% and among plants 72%.

The continental Caribbean, by contrast, is a strip of contrasts where biodiversity is defined not by isolation, but by the dynamic interplay of critical ecosystems. Unlike the stability of other regions, here life thrives in the ecotone—the zone of contact between vast tropical rainforests, complex mangrove systems, and imposing mountain ranges—such as the Sierra Nevada de Santa Marta or the Cordillera de Talamanca in Costa Rica—that drop steeply to the sea. This geographical proximity allows nutrients and sediments to travel vertically from the high peaks to the reefs, creating a gradient of microclimates that functions as a refuge of extremely high biological density and a vital genetic bridge between the north and south of the continent.

That biological diversity has also become ingrained in the very essence of what it means to be Caribbean; it lies at the very core of identity. Here, the line between nature and culture is almost invisible. The historical reliance on fishing, for example, has created a culinary identity centered on snapper, lobster, and conch. The use of coconut milk and habanero or Panamanian chili peppers are not just ingredients; they are symbols of resilience and adaptation.

Many Caribbean rhythms mimic the pulse of their surroundings. The sound of the waves, the wind in the palm trees, and the song of the birds are all reflected in the percussion and the cadence of speech. The syncretism of its landscape can also be heard in its music. Cumbia, whose origins are shared by Colombia and Panama, is the perfect example of cultural fusion with its flute (indigenous), drum (African), and the language of its lyrics (Spanish). La Punta, a rhythm of the Garifuna culture of Honduras, Guatemala, and Belize, is one of the purest expressions of the connection between the insular and continental Caribbean, using shells and wooden drums.

In the Caribbean, music serves as a vehicle for stories about daily life, the weather, and politics. Rhythm is synonymous with resistance and freedom. Calypso and soca are more than just the soundtrack to Carnival. Calypso was originally a means of spreading news and political satire among enslaved people.

Biodiversity also features in myths: from the tales of Anansi (the cunning spider of African origin who adapted to the Caribbean) to legends about sea and jungle creatures that punish those who fail to respect natural cycles. Here, nature has a voice and a moral character.

The explosion of colors in Caribbean clothing and visual art is a direct reflection of the intense light and color palette of the reefs and tropical flora (such as hibiscus and heliconias). Biodiversity is also present in traditional medicine. The botanical knowledge of Caribbean grandmothers is a science in itself. The use of plants for "cleansing" rituals, medicinal teas, and ceremonies shows that biodiversity is viewed as a healing force.